Menos presupuesto, mayor precariedad: el costo de vivir en Chile bajo condiciones de subsistencia

- *El académico Jorge Gallardo explica las relaciones de distanciamiento que padece el país, producto de las contracciones económicas, cansancio y malestar social.*

Según Cadem, el 88% de las personas ha dejado alguna vez de participar con amistades o familiares por falta de dinero. Entre tanto, la encuesta 5C del 2 de noviembre -de la misma empresa- registra una evaluación económica personal en un 31%, su nivel más bajo desde octubre de 2024. Ambos datos exponen dificultades para compartir fuera de casa y un deterioro del bienestar subjetivo, dos dimensiones que permiten examinar las restricciones presupuestarias en que se desarrolla la vida social chilena.

Para Jorge Gallardo, académico del Instituto de Ciencias de la Salud de la Universidad de O’Higgins (UOH), estos antecedentes resultan de un escenario económico donde buena parte de los ingresos en Chile se destinan para pagos elevados de salud, educación, alimentación y otros servicios que delimitan las posibilidades de descanso, esparcimiento familiar o de encuentros con grupos de amistades, reduciendo la vida cotidiana a la mera subsistencia.

“La sociedad chilena trabaja para subsistir. No consigue tiempo y tampoco cuenta con suficientes recursos para encuentros con amistades o compartir panoramas. Desde una perspectiva de salud colectiva comprendida como un proceso social, estas condiciones estructurales estarían reduciendo drásticamente las posibilidades de un verdadero bienestar

individual a mediano y largo plazo con mayores repercusiones en la salud mental de la población", que ya subsiste en medio de una tendencia hacia una mayor precariedad colectiva, advierte el Doctor en Sociología.

El presupuesto de los vínculos

Gallardo contrasta esa realidad con otros países de ingresos medios, como Alemania, donde se garantiza una agresiva política estatal de contención de costos y subsidios que absorben las cargas más pesadas de la salud, educación o transporte, aliviando significativamente las cargas presupuestarias. Explica que "una familia en la que trabajan dos personas con ingresos medios puede cubrir sus necesidades básicas sin destinar una proporción tan elevada de sus ingresos a estos ámbitos. Lo que le permite disponer de recursos para viajar, compartir o simplemente salir a tomar un café". Mientras que, en Chile, la carga de esos gastos, según señala, reduce considerablemente el margen para recreación o el simple esparcimiento.

"Si a esto sumamos un contexto de dificultades económicas, las posibilidades de sostener la vida social se reducen aún más. Los indicadores económicos describen procesos macrosociales, sin embargo, sus efectos se expresan en la cotidianidad. Muchas personas dejan de reunirse con amistades o familiares porque necesitan ajustar sus gastos, pasando a tener restricciones económicas que terminan afectando las relaciones y las oportunidades de compartir fuera de casa", detalla el investigador, explicando cuán costoso puede llegar a ser una vida carente de presupuesto y sin relaciones cercanas.

Cohesión y alerta digital

No conforme, el especialista sostiene que a estas dificultades económicas se agregan transformaciones profundas en las formas de relacionarse que adoptó la sociedad chilena posterior a la pandemia, caracterizadas por un repliegue hacia el espacio

privado, un mayor aislamiento y una “individualización extrema” de la rutina diaria. Este distanciamiento físico, según indica, se ve severamente agudizado por la digitalización de la vida, donde se sustituyen el encuentro presencial por conexiones virtuales efímeras que debilitan la cohesión social, la vida colectiva y el sentido de pertenencia.

“Buena parte de nuestras relaciones se encuentra mediada por la individualización extrema y por la exposición a teléfonos celulares, mientras se reducen los espacios para compartir con otras personas. Cuando la cohesión social es débil también se debilita el sentido de pertenencia que es igualmente importante para fortalecer las relaciones de entorno”, añade el académico, alertando sobre estos fenómenos de digitalización de la vida y de aislamiento ampliamente estudiados.

Sufrimiento social

Por otra parte, Gallardo introduce el concepto de sufrimiento social para comprender cómo las condiciones estructurales y la fragilidad de los apoyos institucionales intervienen de forma directa en el malestar de la población cada vez más precarizada.

Señala que cuando se vive en una sociedad con relaciones sociales frágiles o escasas, y con poca interacción entre las personas predomina la desconfianza y se debilita los sistemas de apoyo frente a las dificultades. “Esto ocurre cuando no se reconoce con claridad el papel de las instituciones, particularmente del Estado, como fuentes de protección ante una situación crítica que vulnera el bienestar familiar como es la falta de presupuesto mínimo que cubra estas necesidades básicas de encuentros y acercamientos”, lo cual es otra forma de desamparo Estatal, infiere el especialista en relaciones comunitarias.

Mejorar o subsistir

Frente a este escenario, el académico plantea que la respuesta a estos fenómenos requiere fortalecer la protección institucional, mejorar las condiciones de vida y recuperar los vínculos que sostienen la convivencia y la seguridad, donde esta última no debe verse como una protección frente a la delincuencia: también supone contar con estabilidad en ámbitos como la salud, el trabajo y el futuro. Por eso, advierte que "si las políticas no contribuyen a fortalecer la protección institucional, aumentar la calidad de vida y sostener los vínculos sociales, el malestar y el sufrimiento de las personas podrían aumentar los costos de seguir viviendo en precariedad y en condiciones de subsistencia".